

PRESENTACIÓN DE
LOS RECURSOS DEL RELATO
CONVERSACIONES SOBRE LA FILOSOFÍA DE LA
HISTORIA Y TEORÍA HISTORIOGRÁFICA
DE PABLO ARAVENA N.¹

CHRISTIAN MIRANDA COLLEIR

Quisiéramos aludir a una imagen para comenzar esta breve presentación. Una imagen que pertenece al programa de televisión *Los 80* y que hallamos casi al finalizar su primer capítulo. Sin embargo, antes de hablar específicamente de ella, no está de más recordar, también de manera muy breve, lo que presumo conoce una parte importante de los presentes. Como sabemos la serie nos cuenta la vida de una familia de clase media durante la década que le da nombre a dicho programa. El relato nos hace mirar la historia de Chile a partir de la experiencia que tiene cada uno de los personajes que conforma el núcleo familiar. Es decir, no están en el centro del argumento los acontecimientos en propiedad, sino más bien los efectos que estos acarrearán a individuos comunes y corrientes. De cierta manera, se nos aparecen los estragos de la historia, en medio de la cotidianeidad de quienes no encarnan, por así decirlo, personajes históricos, figuras a las se les suele atribuir la participación en *momentos esenciales* de nuestro pasado. Es como si estuviéramos ante una narración que intenta asumir una escala diferente de la historia, ya no como un proceso de gran magnitud, sino en una dimensión particular que enfatiza un componente social. La forma en que comparece el pasado tampoco es secundaria, porque junto con inscribirlo a escala del individuo, se lo exhibe bajo una apariencia que recrea las condiciones de la época, en rigor no para desarrollar un relato épico. Con la finalidad de lograr mayor verosimilitud se pone en escena una voluntad de reconstruir un espacio apropiado, siguiendo, quizás sin intención, el principio que la experiencia del tiempo requiere ser *espacializada* para poder generar su representación, tal como lo afirma Giorgio Agamben.² Asimismo se intercalan imágenes de televisión extraídas de los archivos de un noticiario. Cuestión que supone un

¹ Texto leído el 27 de mayo de 2010 en la Universidad Viña del Mar en la presentación del libro *Los recursos del relato. Conversaciones sobre la Filosofía de la Historia y Teoría Historiográfica* de Pablo Aravena N, Programa de Magister en Teoría e Historia del Arte, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2010.

² Giorgio Agamben, "Tiempo e historia. Crítica del instante y del continuo" en *Historia e infancia*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2007, pág. 132

aspecto envejecido de las mismas, por el deterioro que han sufrido con el correr del tiempo, básicamente, reconocible a través de su forma *granulada* y el tono un tanto borroso que las caracteriza. Es sintomático esto último cuando se trata de la imagen del pasado, el que su apariencia sea difusa, ya que el desenfoque que las afecta instala una distancia entre el espectador y lo visto por él. Ciertamente, podría interpretarse lo anterior como una suerte de mirada nostálgica, basada en un tono anacrónico que hace de la imagen y del tiempo representado una realidad extemporánea. Pero, por otro lado, puede asociarse además a la reinstalación de recuerdos que nos interpelan y necesitan adquirir una mayor nitidez, para así ser dilucidados en su sentido o lograr ser reinterpretados. Tal como lo entiende Didi-Huberman cuando reivindica el concepto de *anacronismo* en su libro *Ante el tiempo*.³ De ahí que enfrentarnos a una producción como ésta implique, si se quiere, volver a preguntar por las condiciones sociales e históricas de la época, ahora que, a cierta distancia, volvemos a ellas eventualmente por los requerimientos de sentido a los que nos somete nuestro presente.

La escena que queremos recordar nos muestra a la familia (salvo la madre que anda de viaje), un día cualquiera en la tarde, preparándose para cenar. El padre y sus dos hijos miran televisión en un aparato a color que el primero compró hace poco, luego de endeudarse a crédito. En eso están, cuando de repente las transmisiones se interrumpen por una cadena nacional. El que habla no es quien ustedes están pensando, sino el ministro de economía de la época, el cual se dedica a informar que el peso va a ser devaluado a consecuencia de la inflación. Apenas se interrumpe la programación diaria, los personajes se quejan, porque no pueden seguir viendo lo que hasta ese momento los mantenía entretenidos. El cambio de programa parece alterar su vida, la que muestra no estar en sintonía, por lo menos en apariencia, con el curso de los acontecimientos que se dan en el país. La historia, entonces, irrumpe en la cotidianeidad de manera intempestiva, como si perteneciera a otro orden y quienes la ven asomar no quieren hacerse cargo de ella. Por el contrario, sus actitudes delatan un malestar que puede ser leído a partir de algo más que un gesto de desagrado pasajero. No resulta demasiado aventurado notar en la molestia una incapacidad de afrontar las condiciones históricas del presente. Por eso, la desazón de los protagonistas, más que ser causa del aburrimiento, digamos sólo del simple tedio, significa algo de mayor calado. Quizás tenga que ver con la emergencia de una desafección política y ciudadana, asimismo con la reducción de la dimensión pública, que en dicho periodo, y en algún sentido, comenzó a vivir el principio de su fin.

Un dato no menor es la presencia del televisor en plena escena: los acontecimientos, parte de ellos al menos, se muestran por medio de la televisión,

³ Georges Didi-Huberman, *Ante el tiempo*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2008, pág. 31ss

gracias a la función mediadora que esta ejerce, porque de otra manera se haría imposible soportar su intensidad, según lo delata el rechazo inicial que causa en los personajes. Desde luego, se nos hace patente que los medios resultan gravitantes para traducir, aunque sea como espectáculo y con un sesgo ideológico, el presente y los acontecimientos que, como dice uno de los entrevistados del libro a presentar, se transforman en eventos. Se hacen digeribles, se dosifican en tanto son reelaborados para hacerlos entrar en la cotidianidad de un modo fragmentado. De otra manera, implicaría una permanente desproporción insalvable entre quienes son espectadores (o sea, los individuos) y la historia entendida a gran escala.

El ejemplo que acabamos de mencionar nos sirve para introducir una cuestión que determina la manera en que se ejercita el preguntar en el libro que presentamos. Se trata de una cuestión alusiva al interés acuciante por comprender la historia: las condiciones del presente suscitan, deben suscitar, la revisión comprensiva y crítica del pasado. En este caso, el malestar no se traduce en un puro rechazo, como sucede con los personajes de la serie de televisión; por el contrario, tendría que movilizar, porque lo que está en juego es la comprensión y transformación del presente. Así despuntaría en la incomodidad que mencionamos el asomo de una cierta condición contemporánea: el malestar estaría vinculado con la falta o carencia de un sentido que explique el presente y su relación con el pasado, de tal forma que de cabida a la propia existencia en la actualidad, que no deja de estar tensionada por una serie de determinaciones que luchan por apropiarse del espacio que se halla vacío de significado. Precisamente, la pregunta por el sentido nos remite ya a una dificultad que hace aflorar en el presente una condición trepidante. Como decía Nietzsche a propósito de la emergencia del nihilismo, cuando se busca en, o más bien bajo, todo acontecer el sentido, es porque ya ha devenido el influjo nihilista, justo cuando se tiene conciencia de un cierto predominio del devenir. Entonces volver sobre la historia desde el presente no resulta ser tarea fácil, toda vez que la trama que debe articularse exige reponer un sentido que ha perdido pie, cuando su naturalización se hecho evidente. De esta manera, preguntar a partir de su demanda, parece hacer trastabillar todo intento de consolidar un orden de comprensión y un discurso que lo avale, especialmente, cuando ya sabemos de la famosa frase con la cual Lyotard sentenció los grandes relatos. Este asunto tendrá un nuevo giro, uno de tantos, que vuelve más compleja la necesidad de narrar el pasado; luego que Jameson nos hiciera ver el intento por liquidar lo histórico, a manos del postmodernismo, que colaboraba con la consolidación de una industria cultura funcional al capitalismo avanzado.

De acuerdo a lo que hemos sugerido hasta ahora, el ejercicio que conllevaría el desarrollo de las entrevistas del libro *Los recursos del relato. Conversaciones sobre la Filosofía de la Historia y Teoría Historiográfica*, consiste no sólo en someter a un escrutinio a quien es interrogado, es ante todo una forma de

poner a prueba el pensamiento sobre la historia. Es decir, se trata de exigir los supuestos de la teoría y filosofía que dieron origen a la dilucidación de su sentido, pero que ahora pasan por una crisis que tendió a desactivarlos, junto con el descrédito político que instaló la idea de su retroceso. En este sentido, nos parece que en *Los recursos del relato*, no se trata simplemente de generar preguntas que se mantengan en un ámbito erudito. Por el contrario, expone un modo de reflexión que se obliga a sí mismo a hacer comprensible el pasado, partiendo de la exigencia de repensar el presente, su condición en constante devenir, a través de una manifiesta clave política. Por eso las intenciones declaradas por el autor en la presentación del libro, nos ponen en alerta de los objetivos del mismo:

Pero al menos añádase como aviso que la perspectiva en la cual hablamos de Filosofía de la Historia y Teoría Historiográfica tiene que ver siempre con los desafíos que nos plantea “la vida histórica” (para usar un concepto de José Luis Romero). No se trata de una actualización de las recetas para comprender la “historia-proceso” o de consideraciones de método para un “conocimiento objetivo”. Se trata en cambio de restituir la preeminencia del presente en todo discurso histórico. No como mero contexto del texto, sino como el lugar en que se habita (siempre con otros), como el cruce entre distintos sentidos, como campo de alta tensión, en fin, como la cantera de la que extraen –historiadores y filósofos– sus problemas.⁴

La cita da luces sobre el afán que mueven a sus preguntas, uno que no se reconforta por la erudición del saber histórico. Más bien busca con gran esfuerzo, al igual que sus entrevistados, hacer conscientes las condiciones de la teoría y filosofía en torno a la historia, considerando la posibilidad de su vigencia y potencial público. De ahí que esta vuelta, este retorno, pueda importunar a quien lee el contenido de las entrevistas. Una de las razones para ello es la de estar familiarizados con un historiografía que por mucho tiempo resultó ser predominante y que apostaba por mantenerse en una especie de atalaya academicista, en el supuesto que debía conservar su objetividad, no sólo en el tipo de documentos que utilizaba, digamos en el modo en que estos eran considerados, también en la actitud neutral (científica) del investigador.

Mencionábamos recién el título del libro que hoy presentamos: *Los recursos del relato*. Un enunciado que sugiere lo que ya decían las palabras de Pablo: remite a los medios y las mediaciones que harían posible narrar la historia, dando pie a formas de tramar el pasado, en consonancia con la exigencia que pone el presente, la de comprenderse a sí mismo. Dicha voluntad

⁴ Pablo Aravena Núñez, *Los recursos del relato. Conversaciones sobre la Filosofía de la Historia y Teoría Historiográfica*, Programa de Magíster en Teoría e Historia del Arte, Departamento de Teoría de las Artes, Facultad de Artes, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2010, pág. 8

de responder por el sentido de la actualidad, es una forma de preguntar que requiere ir hacia atrás en el tiempo, para convocar las condiciones históricas que puedan explicar por qué se conformó de tal modo. Sin embargo, tal aspiración de sentido no asegura la conformidad de quien pregunta, porque instala un problema que acompaña al ejercicio de pensar la historia, sobre todo cuando asume un interés preponderante por el presente, por su devenir: nos encontraríamos con un desfase constante entre pensar y acontecer. Tal vez por eso Pablo decía en la presentación de *Los recursos del relato* que el ámbito de la reflexión histórica, así como el presente, plantea un campo de tensiones, de alta tensión. En otro de sus libros, en el cual ejerce como articulista y editor (*Nombrar el devenir*), había mencionado esta cuestión:

La filosofía de la historia –junto con ser uno de los productos intelectuales más característicos de la modernidad– quizá sea donde con mayor evidencia se muestra aquella tensión que prevalece en nuestra relación con lo real: el desfase entre el pensamiento y el acontecer.⁵

La desavenencia entre pensamiento y acontecer tendría que ver entonces con una inherente dificultad de ponerse al día, justo porque se toma el riesgo de aprehender lo que no admitiría de por sí una fijación de sentido, una (sola) determinación de significado. Esto no quiere decir necesariamente que se deba perder de vista una historia de mayor alcance y junto con ello la inteligibilidad de la experiencia del tiempo. Más bien, apunta a otra cuestión, a una insistencia en volver sobre las condiciones del presente a riesgo de constatar que todo esfuerzo tiene un resultado diferido. No es extraño, entonces, que el intento por entender la historia desde el ahora, equivalga a un ejercicio que no se detiene y debe retomarse inevitablemente, como el curso de la memoria en un individuo. El desfase más que una imposibilidad, viene a ser un acicate para correr los límites de la comprensión. Así toda veneración del pasado, todo intento de convertirlo en una instancia ejemplar o de glorificación, es decir, otorgarle una condición *suprasensible*, pasa a ser uno de los síntomas del exceso de historia a la que apuntaba la crítica del joven Nietzsche en su conocido texto *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*.⁶ El pensador del nihilismo tendría en mente con esto, un pensamiento que se vuelca sobre la historia desatendiendo, sin embargo, el presente (su remisión a la vida) y, por tanto, *fossilizaría* el contenido del pasado, para asimilarlo a una comprensión de cuño metafísico y de por sí extemporánea.

⁵ Pablo Aravena Núñez (ed.), *Nombrar el devenir*, Ediciones Escaparate, Concepción, 2009, pág. 1

⁶ Friedrich Nietzsche, *Sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida*, Alción Editora, Córdoba, 1998, 25ss.